

Este, hermanos míos, es como el último remedio que saca Dios de los tesoros de sus misericordias para salvaros: ¡Qué desgracia sería para vosotros, si llenarais la medida de vuestra obstinacion, no aprovechando de él! ¡Ah hermanos míos! me estremezco al pronosticaros esta maldición; al mismo tiempo os hariais eternamente indignos de la paciencia y misericordia de Dios. Vuelvo á repetir, hermanos míos, que este es el momento que ha de decidir de vuestra eternidad.

¡Gran Dios! haced tambien que este sea el momento señalado en vuestros consejos eternos para la salvacion de este pueblo; que el exceso de sus miserias é infidelidades sea para él feliz presagio del exceso de vuestras misericordias; la misma extremidad de sus males es la que me hace esperar el buen éxito de los remedios que le dispone vuestra bondad; guíad vos mismo la mano de los caritativos Médicos que le enviais para que se los apliquen; gobernad su lengua para que hagan gustar la saludable amargura á vuestro pueblo, el que baxó de esta amargura hallará escondidas las delicias de la paz, y de la alegría; dad á su ministerio lo que vuestros Ministros no se pueden dar á sí mismos; aligerad el peso de sus trabajos apostolicos, haciendo que sean utiles: ¡ó Dios mio! este peso les parece mas ligero y suave, si revestidos de vuestra fortaleza, y con el honroso titulo de enviados vuestros pueden aliviar á los pecadores del fatal peso de culpas que los oprime.

Encargo á los Curas de las Parroquias vecinas, que exhorten á sus feligreses á que se aprovechen del beneficio que se les proporciona con lo cerca que está la Mision, y que asistan lo mas que puedan á sus ejercicios.

ANA-



ANALISIS

DE LOS SERMONES CONTENIDOS
 en este Tomo septimo.

PARA EL DIA DE SANTA INÉS.

Division. *Hay dos preocupaciones en el mundo.*

I. *De flaqueza y fragilidad, la que se destruye con el triunfo de la castidad de Santa Inés.* II. *De impenitencia, la que se confunde con el valor de su martirio.*

I. Parte. *Preocupacion de flaqueza y fragilidad, la que confunde Santa Inés con el triunfo de su martirio.*

Entre tantos generosos defensores de la fé, cuyo triunfo era más ilustre para Roma que las victorias de sus antiguos Conquistadores, se presentó Inés con tanto resplandor, que solamente su nombre fue gloria de la Iglesia, vergüenza del Paganismo, y admiracion de todos los siglos. Parece que la gracia y la naturaleza se habian recreado á porfia en derramar sobre ella todos los tesoros; por eso se mereció desde luego las públicas atenciones, y que la buscasse la principal nobleza de Roma: ¡Qué escollo este para una virtud que no fuese tan grande! Es acaso regular en esta edad despreciar una fortuna sobresaliente, que ella misma se viene á ofrecer, y principalmente quando parece que no se opone á ello ni el honor, ni la religion? Pero nuestra Santa sin detenerse á dudar, prefirió el tesoro de la virginidad á todas las pompas del siglo: ¡Qué instruccion esta para los que miramos los desordenes como propios de la edad, y que escusamos los vicios, diciendo que son muy regulares en las primeras cos-

tumbres! Santa Inés, en la flor de su edad no conoce cosa mas apreciable que el tesoro de su inocencia; y el único privilegio que la parece propio de su juventud es el mayor cuidado de no dar entrada á unas pasiones, que siempre es mas facil precaverlas, que apagarlas.

Dicen algunos que es preciso perdonar alguna cosa á la edad; pero yo digo que no se la debe perdonar cosa alguna; porque regularmente las primeras costumbres son las que deciden de lo restante de la vida, y por otra parte, ¿se acaban acaso nuestras pasiones con la juventud? Pero á lo menos, dicen otros, el temperamento debe servir de excusa á nuestras pasiones: Es decir, que quando Dios nos dió un corazon tierno y dócil, no nos le dió para su Magestad, y que solamente se ha reservado para sí las almas barbaras y feroces. Santa Inés tenia un corazon muy tierno, pero solamente se valia de esta docilidad, que debe siempre guiarnos á Dios, para servir á su Magestad. Perezca mi cuerpo, dixo, pues ha podido agradar á otros ojos mas que á los suyos. Y por otra parte; ¿en donde estaria el merito de la virtud, si no hubiera dentro de nosotros inclinaciones que la hiciesen guerra? Habria necesidad de que se nos prohibiese el vicio, si no nos le hiciera amable nuestro desordenado gusto? Pero no falta quien diga que no son el gusto ni el temperamento los que nos incitan al desorden, sino las ocasiones, á las que no podemos resistir. Pero, 1. Supuesto que no se halla en vosotros gusto ni disposicion para el vicio, tendreis mas cuenta que dar á Dios de un corazon que habreis entregado á Satanás, no obstante las felices disposiciones con que su misericordiosa mano le habia detenido. 2. Qué ocasiones son esas que os han engañado? ¿Son las prendas de gracias y hermosura con que os habia dotado la naturaleza? Pues ved el uso que hizo de esos mismos dotes nuestra Santa. Esas mismas prendas debieran ser motivo para que siguiendo su exemplo, viviessis con mas cuidado y vigilancia. ¿Pueden acaso servir de excusa los

beneficios del Criador para volverlos contra él? Por otra parte, ¿no habeis procurado asegurar el buen éxito de vuestros infelices atractivos con unos artificios y cuidados, que aún antes de que sirvan de ruina á vuestros próximos, ya son en vosotros culpa grave? Vosotros mismos os formais el lazo y la ocasion en que habeis de perecer, y echais á ella la culpa de vuestra perdicion. 3. Tambien os pregunto, ¿qué es lo que llamais ocasiones? ¿Son acaso aquellos engaños de que os ha costado mucho trabajo el libertaros? Pues mirad como las instancias, las promesas, y las amenazas confirman á nuestra Santa en su virtud. Vosotros os habeis adelantado á la culpa con la libertad de vuestras costumbres, que ha sido como la señal del desorden: pero el exemplo de Santa Inés confundirá este vano estilo de excusas y preocupaciones, que siempre está oponiendo el mundo á los proceptos de la ley de Dios.

II. Parte. *La preocupacion de impenitencia, confundida con el valor del martyrio de Santa Inés.* Algunos alegan por excusa la edad, el sexô, y la debilidad de la complexión, la que no puede soportar todo el rigor y seriedad de una vida exáctamente conforme al Evangelio.

1. *La edad;* porque dicen que para cumplir con las rigurosas obligaciones de Christiano se necesita de fuerza y madurez de espíritu, de una firmeza capaz de resistir á todo, de una perseverancia y una resistencia que pueda auantar los trabajos y violencias, de un imperio sobre las pasiones y sobre sí mismo, que no parezca propio de una juventud tierna y facil de dexarse engañar, y en la que todavia no están moderadas las pasiones con la reflexión. Pero Inés, casi al salir de su infancia, desafía al furor de los Tiranos; y el horror de su suplicio, que asusta aún á la misma barbaridad de sus verdugos, derrama una santa alegría, y un nuevo resplandor sobre su rostro. Y á la verdad, ¿qué puede haber en la vida christiana que no convenga á la juventud? ¿Acaso la seriedad? Pues solamente la inocencia es la que siempre está acompañada de

de serenidad y alegría; y solamente las pasiones están siempre serias, tristes, y melancolicas. ¿Acaso la violencia? Pues en esta primera edad es quando, hallándose las pasiones mas dóciles, se rinden mas facilmente á la obligacion: ¿Acaso las reflexiones de que somos incapaces en la juventud? Pues la gracia siempre gusta de la sencillez y la inocencia: Y nuestras dudas regularmente se aumentan con las reflexiones: ¿Acaso la firmeza y la perseverancia? Pues nuestra inconstancia regularmente no proviene mas que de nuestras pasiones, y así solemos decir muchas veces, y con razon, que al mismo tiempo que hemos ido creciendo en edad, no hemos hecho mas que adelantar en la malicia, en el desorden, y en el injusto amor á las criaturas: El Evangelio es la ley de todas las edades.

2. *El sexó.* ¿Pero qué pretexto puede alegar el sexó en su favor contra la austeridad y dificultad de las obligaciones del Evangelio? ¿Las Ineses, las Lucías, las Cecilias, y otras muchas Heroínas de la fé no hallaron en su sexó un valor y una grandeza de alma, á que jamás llegaron los Heroes profanos? ¿Quién ignora lo que es capaz de hacer una muger por el infame objeto que la domina? ¿Pues por qué no ha de poder hacer nada por Dios? ¿No podrá hacer por su salvacion lo que puede hacer por el mundo?

3. *Lo delicado del temperamento.* ¿Pero halla acaso Santa Inés en lo delicado de su complexión razones para temer las cadenas con que la atan, y la espada con que ha de ser sacrificada? Por otra parte, se os pide acaso, como á ella, que resistais hasta derramar vuestra propia sangre? Dios no os pide la fuerza del cuerpo; lo que os pide es la inocencia y la pureza del alma, y así las obligaciones de la fé se cumplen dentro de nosotros. El amor y el temor de Dios, el agradecimiento y el sacrificio interior de las pasiones son virtudes tanto de los flacos como de los fuertes: Se necesita de un cuer-

cuerpo de hierro, para resistir á las inquietudes, á los juegos, á los placeres, á las vigilancias, y á las violencias que os impone el mundo y la ambicion, y no obstante todo lo puede resistir la flaqueza de vuestra complexión: Pero para cumplir con las obligaciones de la ley no se necesita mas que un buen corazon; y con todo eso alegais por excusa de vuestra ociosidad é impenitencia la flaqueza de vuestras fuerzas, como si Dios nos pidiera mas de lo que podemos hacer.

Tambien se suele oponer la incompatibilidad de la vida christiana con el modo con que es preciso vivir en el mundo: ¿Pero se detiene acaso Santa Inés á considerar si su método de vida parecerá extraordinario á los Romanos? ¿Exâmina acaso, si estos tendrán por locura su heroyco valor, y por supersticion su martirio? Sabía que el camino de los justos es un camino poco frequentado, y que para seguir á Dios es preciso apartarse del camino que siguen casi todos los hombres.

Por otra parte: ¿En donde está la incompatibilidad del Evangelio con la sociedad? Este no es incompatible, ni con la amistad, ni con las expresiones de agradecimiento, ni con la alegría de las conversaciones y concurrencias, ni con el vínculo del Matrimonio, ni con las obligaciones de la vida civil, ni con los cargos de la Republica. El Evangelio solamente es incompatible con los vicios que deshonoran la sociedad, con las pasiones que la turban, con los excesos que la trastornan, &c. El Evangelio solamente se opone á los desordenes que corrompen la sociedad, y asegura sus fundamentos, su paz, sus obligaciones, y su harmonía: Vivid, pues, segun el Evangelio, y tendreis todas las virtudes con que deben estar unidos los hombres entre sí.